

«Porque hay algo distinto»². Hacia una resignificación del canon literario³

Anna Caballé
Universidad de Barcelona

<https://dx.doi.org/10.5209/est.004.01>

1

Hasta hace unos pocos años, es decir antes de que el feminismo alcanzara la sólida transversalidad intelectual que posee en el presente, ambas generaciones estaban integradas, en la práctica y exclusivamente, por varones. No había mujeres en el 98 y apenas las había en la generación del 27, más que como satélites orbitando alrededor del planeta Hombre. A la editora Concha Méndez se la explicaba a través de su matrimonio con Manuel Altolaguirre, a Ernestina de Champourcín por estar casada con Juan José Domenchina, Zenobia Camprubí no se la explica sin mencionar de inmediato a Juan Ramón Jiménez, etc. ¿Tanta importancia tuvo que un grupo de poetas se re-

² El octosílabo pertenece al poema «Carta al vacío» de Ernestina de Champourcín, cuyos últimos versos dicen: «(P)orque hay algo distinto, / porque se desvanece / de pronto lo que sobra / y no existe el vacío / si queremos colmarlo».

³ Agradezco muchísimo a la profesora María Dolores Romero la oportunidad que me ha brindado de participar en este importante Encuentro o Seminario Internacional «Feminismo/s de la Edad de Plata: identidades, traducciones y reflexiones» (26-27/09/2022, UCM) que permitirá intercambiar juicios y valoraciones relacionados con una de las generaciones literarias mejor conocidas y valoradas de la historiografía española, me refiero a la llamada generación del 27, que, junto a la generación del 98 constituyen las dos generaciones emblemáticas en la construcción de la cultura española contemporánea. Y agradezco al profesor Emilio Ocampos la atenta revisión que ha hecho de mi intervención a fin de poder ser publicada.

uniera en Sevilla con motivo del tricentenario de la muerte de Góngora a mediados de diciembre de 1927? Allí estaban, y lo digo por el famoso retrato colectivo tomado por Pepín Bello en el Ateneo de Sevilla el 16 de diciembre de aquel año, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, José Bergamín, Jorge Guillén, Mauricio Bacarisse, Juan Chabás, Federico García Lorca y Rafael Alberti. Según las crónicas, lo pasaron estupendamente. Ernesto Giménez Caballero furioso por quedar fuera de aquella conmemoración los llamaría «los amiguitos de Góngora» en su libro *Julepe de menta*. Pero Dámaso Alonso, con otro ánimo muy distinto, es decir con voluntad y espíritu generacional, evocaría el encuentro sevillano de 1927 en un artículo de 1948 titulado «Una generación poética (1920-1936)», publicado en la revista *Finisterre* y en dicho artículo se ha querido ver a menudo la proclamación de la existencia de la «generación de 1927», ya anticipada por Melchor Fernández Almagro y por la célebre antología de Gerardo Diego, publicada en 1932⁴, estableciéndose la nómina fundamental de los poetas que la integraban. Así lo hemos estudiado durante años porque lo cierto es que fuera del ámbito escolar y académico los conceptos generacionales tienen poco o nulo recorrido. Fuera de las aulas se lee a los escritores o se les considera por el interés que puede despertar su obra, independientemente de su coetaneidad con otros o de su contexto histórico. En todo caso, ni una sola mujer durante años en la hasta hace poco cansina nómina de la vanguardia literaria española. Si no hubiera mujeres en dichos periodos, tampoco habría nada que decir, simplemente echaríamos de menos lo que podía pensar y sentir la mitad de la humanidad española de aquellos años, lamentando su falta de educación y de oportunidades, por decirlo muy sencillamente. Pero lo cierto es que hemos construido una historia literaria en torno a la conmemoración gongorina y a esta nómina de poetas que no explica lo suficiente, por no decir que no explica lo necesario, el bullir intelectual y literario de los años veinte en España. Es decir, lo que se ha venido diciendo y estudiando no era todo, siendo mucho. A la generación de poetas, con el tiempo y los esfuerzos principalmente del profesor Domingo Ródenas se han querido añadir algunos prosistas: Antonio Espina, Antonio Marichalar, Benjamín Jarnés, Guillermo de Torre, etc. Tampoco había apenas mujeres dignas de destacarse en esta reivindicación de la prosa vanguardista del 27, más allá de algunas menciones que en los textos académicos más convencionales no han jugado ningún papel en relación con la posible influencia literaria adquirida con el tiempo por las escritoras. Digamos que

⁴ *Poesía española. Antología 1915-1931* (1932).

para la cultura española y hasta hace unos años no tuvo apenas relevancia, incluso podría pensarse que ninguna relevancia, que, precisamente en la década de los veinte, se produjera la cristalización artística de los enormes esfuerzos que las escritoras venían gestando desde el Romanticismo, esfuerzos llevados a cabo en un primer momento por autoras de la talla de Carolina Coronado o de Gertrudis Gómez de Avellaneda, por citar a dos grandes autoras románticas, o de intelectuales de la talla de Concepción Arenal, en mi opinión la pensadora más original y atractiva del siglo XIX, aunque eso nunca se consideró así. ¿Cómo Unamuno, escritor del 98, nunca menciona a Arenal como antecedente o precursora de muchos de sus conceptos filosóficos como son, por ejemplo, el reconocimiento del Otro o la importancia del sufrimiento en la génesis de la propia conciencia moral? Unamuno ignoraría sistemáticamente a Arenal porque es de suponer que citarla no prestigiaba en nada sus escritos. Pero otra pregunta se impone: ¿La leyó? ¿Leían entonces los hombres lo que escribían las mujeres de su tiempo? La respuesta es que en su inmensa mayoría no, con la excepción de Emilia Pardo Bazán y tal vez la de Rosario de Acuña. Sofía Casanova, nacida en 1861, y Carmen de Burgos, nacida en 1867, y por tanto ambas estrictas coetáneas del autor *Del sentimiento trágico de la vida*, nacido en 1864, no existían en los manuales de la historia de la literatura española. Se ha venido citando cualquier ejercicio ensayístico relacionado con la figura de Larra silenciando la biografía documental que Carmen de Burgos escribió y publicó en 1919 del desolado cronista de la vida española de los años treinta del siglo XIX. ¿No hubiera sido Blanca de los Ríos una magnífica académica, aportando a la institución su saber filológico? Eran mujeres que no existían como escritoras, intelectuales o cronistas en el sentido de poseer una existencia plena a la altura de las realizaciones de sus colegas masculinos. En fin, no creo que merezca la pena perder el tiempo ahora señalando si las mencionaban o no y quienes lo hacían, o no. No existían para lo que importa, que es la explicación de un sistema de ideas en el desarrollo de una cultura. Y esta es la impresión dominante en la etapa de mis estudios en la Universidad de Barcelona. Dicho en corto, no había escritoras en la secuencia de estas dos importantes generaciones consecutivas. Y que esto sea así, la fijación por las dos generaciones señaladas se debe únicamente al impacto intelectual de la filosofía de Ortega y a la importancia que él concedió a la teoría de las generaciones establecida por Julius Petersen. Por todo ello leo con el mayor interés la entrevista a Azorín llevada a cabo en 1951, donde el periodista le pregunta cuáles son sus lecturas del momento. Azorín contesta:

Presto mi atención a las escritoras españolas del siglo XIX. No creo en la superioridad del hombre sobre la mujer: hombre y mujer, con sus diversas cualidades, se completan. En mi opinión, no supera ningún novelista, en su tiempo, a Emilia Pardo Bazán, ni sobrepasa ningún poeta a Rosalía de Castro, ni vence ningún pensador a Concepción Arenal: las tres gallegas. No se puede comprender España sin la sensibilidad de sus mujeres (...) ¡Cuánta finura y cuánta nobleza! (en «Una charla con Azorín», *La Nación* de Buenos Aires, 14 de octubre de 1951, por Andrés Muñoz; Ledesma Fernández de Castillejo 2021, 14)⁵

Mientras la avanzadilla surrealista se interesaba por el rescate de la obra de Góngora, las mujeres más preparadas y comprometidas de aquellos años veinte —que no sé si fueron felices o no, en todo caso se salía de la peor guerra que había conocido la historia de la humanidad y eso parece motivo suficiente para darse un descanso— no cesaban en sus reivindicaciones. Se defendía la abolición de la prostitución (ya propugnada por Concepción Arenal, dispuesta incluso a fundar una asociación abolicionista al estilo de la fundada en Gran Bretaña por Josephine Butler, cuando recibió la advertencia de Cánovas del Castillo de que no fuera en esta dirección)⁶; se defendía la reforma del Código Civil y del Código Penal (recordemos los esfuerzos de Carmen de Burgos por concienciar a la sociedad de la injusticia del artículo 438 del Código Penal, aprobado en 1870 y que seguía vigente en 1921); se defendía el derecho al voto (y ahí tenemos a Clara Campoamor imponiéndose políticamente en 1931); el derecho a la educación y el libre acceso a la universidad y a las cátedras; se fundaba en 1926 el Lyceum Club con el decidido impulso de María de Maeztu; Margarita Nelken escribía sobre la «mujer nueva» que debía hacer tabula rasa con el sometimiento doméstico al que se había visto abocada durante siglos y cuyos primeros esbozos los encontramos en la novela *Dos mujeres*, escrita por Gertrudis Gómez de Avellaneda en torno a 1841/1842. Por su parte, Concha Espina viajaba a las minas de Riotinto en 1917 acompañada de su hijo de catorce años y publicaba su mejor y más impactante novela, *El metal de los muertos* (1920), al denunciar el abandono en que vivían

⁵ La entrevista sigue: «En mi interés por la mujer española del siglo XIX entra también el interés por la mujer española actual. Creo que en España hay un renacimiento literario (...) pero en este renacimiento literario la que sobresale, a mi entender, es la novela, y en la novela quienes se distinguen son las mujeres. No cito nombres porque no quiero que se me olvide alguno; sí diré que al frente de todas está Concha Espina; pero Concha Espina pertenece ya a la anterior formación» (Ledesma Fernández de Castillejo 2021, 15).

⁶ Véase Caballé (2018).

los mineros sometidos a la todopoderosa Rio Tinto Company Limited. No llegó tan lejos Gabriel Miró con *El obispo leproso*. Sin embargo, Gabriel Miró ha sido una referencia indiscutible en los manuales de literatura y Concha Espina se había esfumado de nuestra tradición, como se esfuman en el aire las volutas de humo de un cigarrillo. ¿Dispondremos algún día de su correspondencia reunida, capital para comprender mejor las dificultades de una escritora plenamente profesionalizada en 1920? A Unamuno *El metal de los muertos* no le gustó, encontró la novela pesada, demasiado preciosista y poco definida políticamente, cuando el tema lo permitía de sobra, aunque la invitaría a hablar de su obra en el Ateneo de Salamanca en una clave que desconocemos pero que obliga a Concha Espina a posicionarse en una dirección que no podemos más que lamentar:

Agradezco muchísimo la invitación de ese Ateneo presidido tan dignamente, pero yo no soy feminista en el sentido apostólico moderno, ni si he de decir a V. la verdad entiendo mucho lo que significa esa palabra tal como la llevan y la traen por ahí. No se me ocurre a ese tenor más que ser muy mujer y probarlo en mi vida y en mis obras lo mejor que puedo, sin que me hostigue el ardor bélico de la propaganda y la bandera. De modo que me será completamente imposible complacer a esos Sres. cuya atención me honra mucho y por lo cual ruego a V. les dé en mi nombre las más sinceras gracias. (Madrid, 27 de enero de 1920; en Trinidad 2008, 373)

Concha Espina representa, para entendernos, la posición más contraria en relación con el feminismo a la que podía representar Margarita Nelken. Es la anti-Nelken, para entendernos. Y forma parte de una galería de escritoras que en el pasado se desentendió de las ideas feministas cuando fueron las primeras en abanderarlas en su praxis vital y creativa. La diferencia, yo diría que estructural, entre autoras tan importantes como Concha Espina, Rosa Chacel, Víctor Català, etc. hasta llegar a la generación de Carmen Martín Gaité, me refiero a autoras que se mostraron reacias a comprometerse con el feminismo, con respecto a las escritoras actuales, la gran diferencia que ha determinado el cambio de orientación y tratamiento respecto a la literatura escrita por mujeres, es que aquellas no comprendieron que más útil podía resultarles procurarse el apoyo y la solidaridad de las otras mujeres antes que intentar cobijarse en el paraguas masculino del victimismo, la compasión o bien el rechazo del feminismo militante para congraciarse con sus congéneres. No hay más que ver el desdén con que Unamuno trata a Concha Espina para darse cuenta de qué le hubiera sido más conveniente a Espina para su carrera.

La clarividente Emilia Pardo Bazán lo dejó escrito y bien claro en una carta que dirige a Dolors Monserdà, rescatada por María Aurèlia Capmany para su interesante estudio sobre el feminismo en Cataluña (1973) cuando afirma: «Hay un fenómeno más triste que ninguno y es la mala voluntad que las mujeres (con pocas excepciones) profesan a las de su sexo que intentan algo en su favor». En la misma línea de Emilia Pardo Bazán se pronuncia Rosa Chacel, a la que me referiré más ampliamente, cuando en *Saturnal* se pregunta:

¿Registra la historia periodos o hechos aislados en los que se trasluzca un conato de voluntad común, un acento que delate el bando desposeído al acecho de la ocasión de arrebatar, si no por la fuerza, por la astucia, el botín deseado? Si alguien me demostrase que se puede seguir en la historia el rastro de esa lucha sofocada me causaría verdadera desolación comprobar que ni en los periodos en que alguna mujer fue dueña absoluta del poder, del que fuere, hubo una sola que se decidiese a echar una mano a sus congéneres. (1972: 51)

Chacel hizo siempre corresponsable a la mujer de su subordinación, también Arenal lo había hecho en *La mujer de su casa*, un ensayo que se ha preferido ignorar por la incomodidad que ofrece su título. En resumen, y en mi opinión, ha sido el cambio de actitud de las mujeres para con las mujeres lo que ha permitido el avance exponencial del feminismo en el mundo de la cultura⁷.

2

Pero por cerrar ya la reflexión sobre los cambios sucedidos en las letras de los años veinte y que, en su conjunto constituyeron una verdadera Edad de Plata, lo que quería decir en relación con los cambios propiciados entonces es que mientras los poetas y prosistas del 27, tal como han venido figurando y explicándose, promovieron lo que podríamos definir como un gran tránsito hacia la modernidad que implicaría una renovación radical de las formas literarias tradicionales, las escritoras e intelectuales promovieron un cambio que supuso no un tránsito sino un verdadero viraje, es decir un giro en la marcha de los tiempos. Una revolución en el pleno sentido de la palabra, en la medida

⁷ De publicación reciente: Atienza (2022).

en que la cultura española se vio afectada a un nivel mucho más profundo del que implica una mudanza o tránsito artístico de unas formas a otras. La potencia política y moral que trajo consigo el feminismo de los años veinte y treinta fue muy superior en consecuencias, aunque después esa potencia quedara largo tiempo sofocada por el franquismo y aquellos esfuerzos aparentemente se perdieran en el vacío de nuevas enseñanzas que aspiraban a destruir ideológicamente el pasado inmediato. Ahora nos hallamos en el tiempo de la comprensión y recuperación de aquel espíritu y disfrutamos de la libertad y las herramientas necesarias para reequilibrar una historiografía literaria abiertamente escorada durante años en beneficio de un modelo femenino que no podía tener futuro.

Disponemos de un canon porque somos mortales y nuestro tiempo es limitado, afirmaba Harold Bloom en 1994, cuando publicaba un libro polémico y desafiante que lo enfrentó a los estudios postcoloniales, *The Western Canon (El canon occidental, 1995)*. Precisamente porque somos mortales y nuestro tiempo es limitado hay que pensar muy bien qué rescatamos del pasado, sin ninguna necesidad de operar activamente con él mediante la desdichada cultura de la cancelación. Yo prefiero hablar de una resignificación del canon. *Resignificar* es, en mi opinión, un concepto clave, muy utilizado en psicología para referirse al hecho de dar un nuevo significado a un acontecimiento o una conducta. Y aquí lo utilizamos para definir la necesidad, ampliamente consensuada, de reinterpretar la historiografía literaria a la luz de las aportaciones que el feminismo, fundamentalmente, viene haciendo al estudio de las mujeres y que obliga a una revisión en profundidad del canon literario tradicional. No basta con añadir nombres de autoras en un último capítulo de los libros de texto, sumarlas en definitiva a un discurso ya construido o bien explicarlas al margen del mismo como apéndice ausente de interacción intelectual con el resto, sino que el desafío está en reescribir la historia de la cultura incorporando aquellos elementos que sin intervenir en su momento pudieron y debieron hacerlo. La revisión del canon literario y cultural no puede hacerse sin modificar un problema que subyace, como digo, de forma estructural, y que requiere de un cambio epistemológico, si lo que pretendemos es lograr un nuevo modo de considerar la cultura y de interpretar la tradición de la que procedemos en función de la realidad de todas las aportaciones y no exclusivamente de las potenciadas hasta fechas muy recientes por el patriarcado. Es una cuestión de hermenéutica. Y me permito poner un ejemplo relacionado con Rosa Chacel y el magisterio orteguiano.

3

Es difícil encontrar el nombre de la escritora vallisoletana entre los discípulos de Ortega, más allá de algunas menciones a la influencia recibida en su primera, y en mi opinión fallida, novela *Estación. Ida y vuelta*⁸. Chacel, leyendo a Ortega, comprendería muy pronto que la innovación capital que sucedía en el mundo de la filosofía a comienzos del siglo XX era prestar atención a la realidad de la *vida humana*, un «singular retraso» a juicio de Julián Marías (1984, 28) de dos mil quinientos años. No voy a entrar en la condición orteguiana de la novela, pero sí me gustaría señalar el empeño sostenido de Chacel —un empeño que recibiría escasa acogida intelectual— no solo por llevar a su narrativa el descubrimiento de la vida humana como realidad y por tanto como problema filosófico, sino por la voluntad de la escritora en demostrar al Maestro tanto su valía intelectual como su independencia de criterio. Ambos librarían una especie de combate sordo hasta el estallido de la guerra, donde todo se disuelve, que, sin embargo, ofrece el mayor interés porque la joven Chacel a la hora de querer llamar la atención de Ortega no cuenta con más apoyos que el de su excepcional inteligencia. Veamos.

Entre 1923 y 1925 un Ortega entusiasmado había dado a conocer en su *Revista de Occidente* las ideas del sociólogo alemán Georg Simmel en relación con la mujer y la llamada «cultura femenina». Un tema en boga en toda Europa debido a la emergencia del feminismo que amenazaba con romper el *statu quo* vigente en la sociedad y en el seno de la estructura doméstica y familiar, generando una posible y alarmante desavenencia entre los sexos. Simmel había publicado en 1911 un ensayo, *Philosophische Kultur*, donde abordaba decididamente esta cuestión —el nuevo papel reclamado por las mujeres en el concierto humano—. Ortega, en la nota escrita para presentar la traducción de uno de los capítulos del libro⁹, afirma:

No creo que se haya hecho hasta ahora análisis más agudo y penetrante de las diferencias entre la psicología del hombre y de la mujer que el presente ensayo del filósofo alemán Jorge Simmel. Me permito recomendar a los

⁸ Véase de Ana Rodríguez Fischer sus muchos trabajos sobre la figura de Chacel y la influencia de Ortega, el más reciente: 2019.

⁹ «Lo masculino y lo femenino: Para una psicología de los dos sexos». El ensayo se daría en dos entregas, noviembre y diciembre de 1923.

lectores de esta Revista una lectura atenta de estas páginas excepcionales que tanto aclaran el conflicto perdurable entre lo masculino y lo femenino. (1923; en Asenjo Pinilla et al. 2004, 556)

El pensador madrileño abrazaría, como digo, de forma entusiasta, las ideas de Simmel, y él mismo, bajo idéntica inspiración, escribiría una serie de artículos sobre el tema del amor y de las relaciones entre 1926 y 1927¹⁰. Pero veamos primero qué pensaba Simmel a principios de siglo. Después de algunos preámbulos, el comienzo de su tesis no puede ser más impactante: «Nuestra cultura es enteramente masculina —con excepción de muy escasas esferas—. Son los hombres los que han creado el arte y la industria, las ciencias y el comercio, el Estado y la religión».

Para el sociólogo alemán la condición objetiva del pensamiento era una facultad estrictamente masculina, dándose una oposición efectiva y real entre la esencia general de la mujer y la forma general de la cultura, de manera que no hay cultura femenina más allá de la propia de su subjetividad que permanece encerrada en su alma. Hombres y mujeres son dos tipos vitales, cada uno con su fórmula autónoma, que no hay que poner en competición, solo que a unos les pertenece la creación y a otras les pertenecen las tareas vinculadas a la reproducción y el cuidado. El hombre inventa, la mujer imita. El ser del hombre descansa en la conquista y el conocimiento, mientras que el ser de la mujer reside en su belleza. La cultura masculina es objetiva porque se realiza en el exterior de sí mismo, mientras que la femenina es subjetiva porque tiene una significación puramente interna, vive en las cosas mediante la fusión que establece con ellas y con la propia vida, de modo que su inmanencia es su (única) trascendencia. La obra de Simmel constituye una de las justificaciones más logradas de la ideología patriarcal, pero, eso sí, su actitud hacia las mujeres carece de acritud y menosprecio (Osborne 1987, 101), muy al contrario, considera negativa y perniciosa la minimización que ha venido haciéndose del mundo femenino. Es un mundo interesante, solo que radicalmente distinto al de los hombres.

No sabemos en qué momento Chacel leyó a Simmel. ¿Lo hizo durante su estancia fuera de España entre 1921 y 1927? En todo caso, sí leyó muy atentamente los artículos de Ortega publicados en *El Sol*, entre 1926 y 1927¹¹, y a ellos indirectamente se refiere y combate en su artículo «Esquema de los problemas prác-

¹⁰ Después reunidos en *Estudios sobre el amor* (1939).

¹¹ Junto a otros ensayos se publicarían en *Estudios sobre el amor* (1939).

ticos y actuales del amor» (*Revista de Occidente*, enero de 1931). Que el título se refiera al amor y no al concepto simmelleano de «cultura femenina» ya es muy indicativo de a quién quiere responder Chacel y con quién desea medirse. Los artículos de Ortega, siempre penetrantes, revelan cómo su autor ha absorbido las ideas de Simmel de la diferenciación entre los sexos y la distancia intelectual que media entre uno y otro: el hombre (activo) se define por el hacer; la mujer (pasiva) por el ser; le basta con existir y cristalizar los ideales e ilusiones depositados por el varón en ella. De modo que sus reflexiones estarán sembradas de prejuicios sobre la mujer, no sobre el amor donde afina más, y de ideas absurdas: a las mujeres, por ejemplo, no les interesan los hombres de genio y la mejor muestra la encuentra Ortega en... Napoleón, nunca bien amado por sus amantes: «Es penoso advertir el desamparo de calor femenino en que han solido vivir los pobres grandes hombres. Diríase que el genio horripila a la mujer» («La selección erótica», *El Sol*, 11 de noviembre de 1927).

Se comprende muy bien la reacción de Chacel, una mujer que adoraba la idea de genio y la deseaba para ella misma, ante las impropiedades que ha leído tanto en Simmel como en Ortega. Y se prepara para la carga. Empezará su ensayo por contradecir al Maestro, sin nombrarlo: a ella no le parece que reflexionar sobre el amor sea una tarea urgente —como ha dejado escrito Ortega—, porque el amor siempre acaba por realizarse. En cambio, sí le parece urgente reflexionar sobre la crisis que conmueve el fondo íntimo de la vida de su tiempo y que es la inadaptación de las nuevas ideas —ella lo llama «hallazgos del espíritu»— con las formas tradicionales de convivencia de hombres y mujeres. Por primera vez, dirá Chacel, se está planteando el verdadero problema, el que pretende desarraigar y renovar la noción íntima que tuvieron hasta aquí mujeres y hombres entre ellos. No se trata de una desavenencia de sexos, es algo mucho más profundo y que tiene que ver con la búsqueda de relaciones que logren un mejor entendimiento entre ambos. Y se hace la primera pregunta: ¿de verdad el hombre y la mujer constituyen dos tipos humanos radicalmente separados, dos bases existenciales distintas? Gran parte de la intelectualidad europea, dice, está enrolada en la empresa («deleznable») de feminizar a la mujer. Pero... la mujer está integrada en la categoría ontológica del hombre cuando diferenciamos a este esencialmente del animal. Hombre, dice Chacel, es una categoría que abarca a todo ser humano, es decir define al «sujeto portador de espíritu», en términos de Max Scheler, el filósofo al que recurrirá Chacel para oponerlo a Simmel (y a Ortega, cosa que a este último no va a gustarle). Es una cuestión de jerarquización: el varón se opone a la mujer como el hombre se opone al resto de seres vivos que carecen

de logos. Por otra parte, si tenemos en cuenta que la categoría más formal del espíritu es la objetividad y esta es la base constituyente de la cultura, cómo la desarrollen unos y otros es una cuestión de grado, de intensidad, no es una categoría excluyente. Solo omitiendo esta consideración esencial puede Simmel identificar la objetividad como esencialmente masculina. La única diferencia posible que cabe considerar entre un hombre y una mujer es, ha sido, una diferencia de grado en el desarrollo de la espiritualidad que ambos sexos poseen. «No podemos admitir —sigue Chacel— que exista un orden de formas a las cuales solo se pueda tener acceso por determinada modalidad del ser humano que es la varonilidad diferencial». La escritora comprende muy bien que lo que se ventila, de aceptar las ideas de Simmel, es el futuro de una mitad del género humano que a principios del siglo XX se hallaba en el trance singularísimo de cobrar conciencia de sí misma y actuar en consecuencia. Y, por el contrario, frente a esta seductora perspectiva se le ofrece como solución mantener y alimentar un dualismo radical que inevitablemente la alejará de cualquier esfera de dominio¹². Considera la argumentación de Simmel (recordemos siempre que tras él está el entusiasmo de Ortega por sus ideas) «un caso insólito de iniquidad en la historia», porque solo podría servir para crear un régimen de impunidad recíproca, cuando lo que defenderá Chacel es justamente lo contrario, que las mujeres se sumen, porque están en condiciones de hacerlo y deben hacerlo, al gran tronco común de la cultura, porque la cultura es una, por plural que sea. «Nunca, ni en las épocas de más depreciación del ser femenino, se ha intentado relegarla a un mundo libre, pero diferente».

En el contexto de ideas que maneja Chacel se comprende bien su rechazo al feminismo que exalta la diferencia sexual, cuando para la escritora la mayor y más verdadera división de la humanidad la ha trazado siempre la inteligencia. Lejos de atribuir a la sociedad (patriarcal) el atraso de la mujer, considera que el feminismo es el resultado de un avance de la humanidad en su conjunto, un avance de los derechos «del hombre» como ser humano, en definitiva es fruto de un esfuerzo colectivo. En parte la culpa del atraso de la mujer, escribirá con todas las letras, la tiene ella misma a causa de su «estupidez desoladora», es decir su falta de verdadera vida íntima (que para Chacel es el motor de toda creatividad). Dicho esto, su ensayo irá recorriendo algunas de las ideas expuestas por Ortega: el mito de Don Juan, por ejemplo; mientras para el filósofo el mito cristaliza la atracción irresistible del varón

¹² Es sorprendente la afinidad del planteamiento chaceliano con posturas actuales relacionadas con el pensamiento trans: véase Preciado (2022).

—«Don Juan no es el hombre que hace el amor a las mujeres, sino el hombre a quien las mujeres hacen el amor» («El amor en Stendhal», segunda entrega, *El Sol*, 24 de agosto de 1926)—, Chacel da un salto de pértiga y... no, lo que simboliza Don Juan es otra cosa, más universal, simboliza un anhelo humano implacable y para cuya sed toda vida, por intensa que sea, no es más que un chorrito de agua. De hecho, estando en Tréport Chacel tuvo una intuición, turbia y fría, de que su tragedia, la tragedia de su vida, iba a parecerse a una red de pesca rota, una red siempre hambrienta y que nunca se sentiría satisfecha.

Chacel también contradice a Ortega en su ensayo en relación con la homosexualidad. Mientras para Ortega el amor homosexual no podemos entenderlo sin más, y hay que hacer un esfuerzo para desarticular el sentido primigenio de la palabra amor e intentar, «un poco a ciegas», rearticularlo de modo que podamos imaginar lo que significa el erotismo homosexual, para la escritora la homosexualidad es una más de las infinitas encrucijadas del eros, simplemente. No cabe duda de la modernidad y amplitud de su pensamiento en ambos casos, pero su objetivo no es tanto defender la homosexualidad como contravenir la idea de Ortega sobre ella.

Ignoramos la reacción del Maestro ante la lectura del ensayo chaceliano, pero es de suponer que un hombre tan perspicaz como él se dio cuenta de su secreto fondo rencoroso que venía de atrás. Ella, en los muchos artículos dedicados con el tiempo a Ortega, no haría ninguna referencia a cómo el artículo fue recibido, pero lo cierto es que cuando la editorial homónima de la revista recogía en libro los ensayos de Simmel, *Cultura femenina y otros ensayos*, en 1934, el tono del prólogo de Ortega era ya muy distinto. Este no mencionaba a Chacel, pero tampoco mencionaba a Simmel ni una sola vez. Es un texto confuso que nada dice porque nada quiere decir, pero que el filósofo cierra con inteligencia. Refiere una fábula: un labriego, en trance de morir, dice a sus hijos que en su tierra hay un tesoro escondido. Los hijos buscan y buscan sin encontrar nada, pero aquella tierra removida al año siguiente triplicará la cosecha. Una parábola estupenda: quien la quiera o la pueda entender, que lo haga.

Referencias bibliográficas

- Atienza, Ángela, ed. 2022. *Historia de la sororidad, historias de sororidad. Manifestaciones y formas de solidaridad femenina en la Edad Moderna*. Madrid: Marcial Pons.
- Bloom, Harold. 1995. *El canon occidental*. Barcelona: Anagrama.
- Caballé, Anna. 2018. *Concepción Arenal. La caminante y su sombra*. Madrid: Taurus.

- Campmany, Maria Aurèlia. 1973. *El feminisme a Catalunya*. Barcelona: Nova Terra.
- Chacel, Rosa. 1972. *Saturnal*. Barcelona: Seix Barral.
- Diego, Gerardo. 1932. *Poesía española. Antología 1915-1931*. Madrid: Signo.
- Espina, Concha. 1920. *El metal de los muertos*. Madrid: Renacimiento.
- Ledesma Fernández de Castillejo, Beatriz, ed. 2021. *Retratos a medida. Entrevistas a personalidades de la cultura española (1907-1958)*. Fundación Santander.
- Mariás, Julián. 1984. *Ortega. Circunstancia y vocación*. Madrid: Alianza.
- Ortega y Gasset, José. 1939. *Estudios sobre el amor*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Ortega y Gasset, José. 2004. *Obras completas*. III, ed. por Carmen Asenjo Pinilla et al. Madrid: Taurus.
- Osborne, Raquel. 1987. «Simmel y la “cultura femenina” (las múltiples lecturas de unos viejos textos)». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 40: 97-112.
- Preciado, Paul B. 2022. *Dysphoria mundi*. Barcelona: Anagrama.
- Rodríguez Fischer, Ana. 2019. «Innovación y arraigo: los cambios preferenciales en la primera novela de Rosa Chacel, *Estación. Ida y vuelta* (1930)». En *Teoría(s) de la novela moderna en España. Revisión historiográfica*, coord. por Bénédicte Vauthier, 161-175. Genuève Ediciones.
- Trinidad, Francisco. 2008. «Para el epistolario de Concha Espina. Cartas a Miguel de Unamuno». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXXIV: 365-386. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/para-el-epistolario-de-concha-espina-cartas-a-miguel-de-unamuno-972621/>
- Simmel, Jorge. 1934. *Cultura femenina y otros ensayos*. Madrid: Revista de Occidente.